

chica que se había perdido al querer encontrar el cadáver de un loco con los dientes rotos del que había oído hablar. Sintió pánico al imaginar los pies veloces de aquellas dos amigas, pisoteando, arrasando, destrozándolo todo. Le aterraba que pudieran pasar sobre ella y que ella, a causa de su origen diferente, a causa de su extracción no vegetal, careciera de la capacidad intrínseca de recuperación que advertía a su alrededor. Intuía un líquido extraño, de color indefinido, saliendo de su quebrada forma. Un color que no sería del todo rojo y que, tal vez, pudiera comenzar a ser verde. Verde como aquel universo salvaje y hambriento del que ya, sin remedio, formaba parte.

Fernando Aramburu

Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959) fue miembro fundador del Grupo CLOC de Arte y Desarte, que en su día combinó la acción contracultural con la práctica del humor surrealista. Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Desde 1985 reside de forma permanente en la República Federal de Alemania. Empezó su carrera literaria como poeta. La Universidad del País Vasco publicó su poesía casi completa en 1993 con el título de *Bruma y conciencia*. Con posterioridad difundió una muestra de sus poemas bajo el título de *Yo quisiera lover* (2010). Entre sus novelas están: *Fuegos con limón* (1996), *Los ojos vacíos* (2001, Premio Euskadi), *El trompetista del Utopía* (2003), *Vida de un piojo llamado Matías* (2004), *Barni sin sombra* (2005), *Viaje con Clara por Alemania* (2010), *Años lentos* (2012, Premio Tusquets de Novela) y *La gran Marivián* (2013). Es asimismo autor de un libro de prosas breves: *El artista y su cadáver* (2002), y de los volúmenes de cuentos: *No ser no duele* (1997), *Los peces de la amargura* (2006, Premio Real Academia Española, Premio Mario Vargas Llosa NH) y Premio Dulce Chacón) y *El vigilante del florido* (2011). Colabora asiduamente en suplementos literarios.

* * *

Lo que yo percibo es una notoria variedad de asuntos y estilos. A mi juicio, no se observa por fortuna, entre los

cuentistas españoles actuales, uniformidad ni escuelas ni mandangas por el estilo. A mí al menos no me consta la existencia de tertulias y cenáculos con su jefecillo literario correspondiente que dicte a sus adeptos, desde la presidencia de la mesa, cómo han de escribir y sobre qué. Me parece loable que haya en España narradores dedicados con intensidad al cultivo del género corto y que cada uno a su manera contribuya a darle variedad.

Autores fundamentales, no lo sé; pero, en fin, digamos que he disfrutado leyendo cuentos de José María Merino, de Juan Eduardo Zúñiga y de algunos norteamericanos y centroeuropeos actuales con cuyos nombres no siento especial necesidad de condecorarme.

Chavales con gorra

Acostada como de costumbre con antifaz, la mujer no advierte desde la cama el resplandor que llena de golpe la habitación donde él acaba de descender la cortina. Llegaron anoche, tan tarde que hubieron de pulsar el timbre de la recepción hasta que por fin vino a atenderlos un recepcionista con cara de sueño interrumpido.

El lugar (dieciocho mil almas según el prospecto que reposa sobre la mesilla) no tiene el renombre turístico de otras ciudades repartidas a lo largo del mismo litoral. Por esa razón lo eligieron con ayuda de un mapa cuando tomaron la decisión de abandonar Málaga cuanto antes.

—Josemari, si aquí no podemos escondernos, entonces ya me dirás dónde como no sea en un país extranjero.

Subían los dos solos con las maletas en el ascensor. Él la reprendió por hablar tan alto; ella negó en susurros que estuviera hablando como él afirmaba. A partir de aquel momento dejaron de mirarse a los ojos y un rato después se metieron en la cama sin darse las buenas noches.

Desde la ventana se abarca un paisaje de fachadas blancas y azoteas y antenas de televisión y alguna que otra palmera. Las casas ocultan la playa. Se avista, no obstante, una delgada franja de mar. En las aguas azules cabri-
llea la luz del sol. Al otro lado de la calle hay un tanatorio. Se ven dos coches fúnebres aparcados junto a una hilera de adelfas.

Una hora antes ha bajado él solo a desayunar. Mientras comunicaba el número de su habitación a la chica con traje de chaqueta encargada de tomar nota de los comensales que van llegando, ha oído voces y risas juveniles procedentes del comedor. Con mal disimulada inquietud ha dicho entonces que debía efectuar una llamada urgente y que en seguida volvería, pero no ha vuelto.

Lleva largo rato esperando que a su mujer se le pase el efecto del somnífero. En el mueble-bar había dos chocolatinas y una bolsa de almendras saladas. Ha desayunado una chocolatina y diez o doce almendras, empujando los bocado con agua mineral. El mueble-bar no refresca lo suficiente. Al final ha bebido un botellín de coñac a pequeños sorbos, ya que no tiene hábito de tomar alcohol por las mañanas.

Sentado en un sillón, ha escrito en el pequeño Moleskine que le trajo su hijo de Londres: «El padre, que en paz descansa, se revolverá en la tumba si se entera de que plañeo deshacerme del taller. Se acaba una tradición, pero yo entiendo que con sesenta y tres años aún es pronto para que me manden a criar malvas. Que también se sepa esto en caso de que esos me encuentren».

El día que dejaron Alicante, ella sugirió la idea de establecerse durante una temporada en Londres.

—Hasta que nos olviden.

—¿Esos, olvidar? Ya lo dudo. Además, no creo que a nuestra nuera le haga mucha gracia cargar otra vez con nosotros.

—De carga, nada. Ventajas económicas no les han faltado. Tampoco tenemos que meternos en su casa si nos ayudan a encontrar un piso de alquiler.

—Vamos a mirar primero en Málaga. Es una ciudad grande, ¿eh? Igual hay suerte.

El tanatorio linda con una plazuela cuyo suelo, desde la ventana del quinto piso, parece arenoso. En la plazuela hay un anciano de tez morena sentado en un banco. Sobre él

vierte su sombra una palmera de la que cuelgan racimos de dátiles. Cerca del viejo, tres niñas de pocos años juegan a la comba. En otro banco conversan dos mujeres jóvenes, cada una con su cohechito de bebé.

Anota en el Moleskine: «Tranquilidad por el momento». Minutos más tarde, la mujer se despierta. Al despojarse del antifaz, se percata de la presencia del marido junto a la ventana y le pregunta sonriente:

—¿Qué, algún chaval con gorra?

—Tiene buena pinta este sitio. Hay mucha luz. Hay mar y palmeras. Estaba pensando si abrir por aquí un hotelito de lujo como dijiste el otro día. Así andaríamos entretenidos. No más de veinte camas. Y mandar todo lo demás a la mierda. Lo podríamos poner a tu nombre por si las moscas. Y luego que lo atienda media docena de empleados, ninguno de fuera de Andalucía, y nosotros nos mantengamos un poco en la sombra.

El La mujer se desviste antes de entrar en el cuarto de baño. Una larga cicatriz se extiende por la zona donde hace un año aún tenía un pecho. Lo peor del tratamiento ya pasó. El doctor Arbulu le aseguró durante la última visita que en principio, salvo que se produzca alguna improbable complicación, está curada. El marido sospecha que por el camino de la clínica debieron de echarle el ojo y luego ya fue pan comido seguirla hasta Alicante.

Sale humo blanco por la chimenea del tanatorio aunque es domingo.

Escribe: «Habría que hacer caso a Maité. Si aquí tampoco hay suelo para echar raíces, nos iremos al extranjero».

Por la acera que bordea el tanatorio camina un chaval de rasgos gitanos, melena hasta los hombros, manos hundidas en los bolsillos del pantalón. En ningún momento vuelve la mirada hacia el hotel. Sus pasos son largos y rápidos. Buena señal. Otro tanto se puede afirmar de las botas de cuero. Hay que ser de la zona para calzarse de semejante manera. Con el calor que hace. El chaval saluda al viejo de

la plazuela sin detenerse. El viejo le corresponde con una leve sacudida del bastón.

Suena el agua de la ducha y él escribe: «Al padre le dolería. Hay que aguantar, hijo. Hay que aguantar como yo aguanté durante la guerra y los años de penuria. Es lo que siempre decía. Pero los suyos fueron otros tiempos. Yo no puedo sostener la empresa a mil kilómetros de distancia. Si no estás encima te la hundén. Los camiones, bueno, esos los vendo, y si me vuelve a dar por el transporte me compro otros y reabro la empresa en Sevilla. Con nombre nuevo, faltaría más. Pues igual es por el padre que aún no me he largado al extranjero. Que se sepa».

Una hora después bajan a la calle. La mujer usa un sujetador especial provisto de un relleno de gomaespuma. Los dos llevan gafas de sol.

—Avisame si ves una iglesia —dice ella—. Quiero echar un ojeada al horario de misas.

Nada más cruzar la puerta principal del hotel, él señala con un golpe de barbilla hacia el tanatorio.

—Incineran en domingo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Joé, ¿no ves el humo?

—Bueno, Josemari, cambia de tema. ¿Izquierda o derecha? ¿Adónde vamos?

—Tira para el mar.

Cruzan la calzada cogidos del brazo. La costumbre de caminar enlazados les viene de cuando eran novios, hace ya muchos años. Últimamente no la practicaban por recomendación policial. Pero ahora es distinto. Ahora están lejos de su pueblo, en un sitio poblado de caras desconocidas.

Las primeras semanas del viaje fueron las peores. Maite estaba convencida de que no había justificación para el miedo de su marido. A los parientes y amigos del pueblo les contaron que se iban para una larga temporada a Inglaterra. Nadie podía saber dónde se encontraban en aquellos momentos.

Josemari no lo tenía tan claro. A cada instante se sentía observado, perseguido, acorralado. Veía individuos sospechosos en cada esquina y, cuando no los veía, se los imaginaba. Se los imaginaba con rasgos y movimientos tan veraces que era como si los viera.

Iba el matrimonio paseando por las calles de Alicante o de Málaga, y podía suceder que él dijera de repente con una vibración de alarma en la voz:

—Vuélvete con disimulo. Verás dos chavales parados junto al semáforo. ¿Los ves?

—Veo mucha gente, Josemari.

—Los de las gorras. No sé a ti, pero a mí me dan mala espina.

Maite no hacía mucho caso de los temores de su marido hasta el día aquel, en el piso alquilado, cuando sonó el teléfono a las tres y media de la madrugada y una voz confusa y medio susurrante farfulló unas cosas raras sobre un perro y unos cartuchos y algo de ir a cazar. Maite había llegado en tren por la tarde a Alicante. Venía contenta por todo lo que le había dicho el doctor Arbulu, pero la debieron de seguir. ¿Quién sino alguno de ellos podía llamar a esas horas con la excusa de preguntar por un perro?

Él no abrigaba la menor duda.

—Nos han encontrado.

—No empecemos, Josemari. ¿Cómo saben que vivimos aquí?

—Ni idea. Pero para mí está claro que esa manera de pronunciar las eses no es propia de alicantinos. El cabrón que ha llamado era uno de ellos. Mañana a primera hora anunciaré que no firmo el contrato. Ya se me ocurrirá alguna explicación. Nos vamos de la ciudad.

Atravesan un barrio de calles estrechas, con casas bajas de paredes blancas, ventanas enrejadas y balcones adornados con geranios. Aquí y allá, corros de vecinos conversan sentados en sillas, junto a las puertas, y cuando ellos se acercan bajan la voz. También los niños interrumpen sus

juegos para fijar la mirada en la extraña pareja. Josemari, al doblar una esquina, le susurra a Maité que toda esa gente de tez morena debe de tomarlos por extraterrestres. Al pasar inclinan la cabeza apocados, pues les da corte sentirse objeto de tanta curiosidad. Así y todo, algo han de hacer porque tampoco quieren levantar suspicacias. Algunas personas les responden con fórmulas de saludo a las que ellos no están acostumbrados:

—Vayan ustedes con Dios —y frases por el estilo.

Trancurrido un cuarto de hora, llegan al paseo marítimo por un callejón en cuesta donde trasciende un fuerte olor a calamares fritos. Por la ventana abierta de un segundo piso sale la voz cantarina de una mujer. Hay un gato mugriento mordisqueando una cabeza de pescado sobre un alféizar.

A la vista del mar, a Josemari le toma una acometida de desánimo, como en Alicante, como en Málaga.

—No es lo mismo.

—Agua y olas, Josemari.

—El Mediterráneo, con todos mis respetos, no es lo que yo entiendo por mar. Un mar, lo que se dice un mar auténtico, es el nuestro, con sus temporales y sus mareas vivas y sus acantilados. No se puede comparar.

—Y entonces, ¿esto qué es?

—No sé, otra cosa. Un lago grande.

Y mientras Maité se dirige a los servicios de la cafetería en cuya terraza se han sentado a tomar el aperitivo, él escribe en el Moleskine: «Puedo acostumbrarme a todo, pero siempre echaré en falta el mar de mi tierra. El mar, el mío, junto al que me críe, es fundamental en mi vida. Ahora me doy cuenta».

Luego se dedica a observar con detenimiento a los transeúntes que deambulan por delante de la terraza, sintiendo un pinchazo de aprensión cada vez que algún joven entra en su campo visual. Cree que en Málaga, el otro día, lo siguieron un chaval y una chavala, tocados los dos con gorras de visera. También pudo ser casualidad, ya que cuando

cambió de calle y se refugió en una farmacia aquellos dos pasaron de largo como si nada. Después los siguió de lejos. Y en principio no encontró nada raro en ellos. Al día siguiente, yendo con Maité de paseo por el puerto, al darse la vuelta tras comprar el periódico en un quiosco los reconoció. O él se figura que los reconoció.

—Josemari, ¿estás seguro de que son los mismos?

—De las caras no me acuerdo exactamente, pero sí de las gorras y de que eran chico y chica como esos de ahí. A lo mejor se relevan, porque estos tipos, si algo saben hacer, aparte de joderle a uno la vida, es organizarse.

La camarera que les ha servido los aperitivos les explica ahora, con un cerrado acento andaluz, la forma más sencilla de llegar a una iglesia situada a unas cuantas calles de allí. Al enterarse del propósito de Maité, la chica tiene la amabilidad de llamar por teléfono móvil a su madre.

—No, pero si no es ninguna molestia.

Así pues, a la una se oficia una misa en la iglesia referida. Ahora son las doce y media pasadas. Maité y Josemari expresan su agradecimiento por medio de una propina generosa. Luego, cogidos nuevamente del brazo, se encaminan sin prisa hacia el lugar indicado. Por encima de una línea de azoteas avistan cinco minutos después la torre donde ya suena la campana.

Josemari se queda sentado en un banco de la calle, debajo de un limonero que le sirve de sombrilla. Maité trata de persuadirlo a que la acompañe diciéndole que en el interior de la iglesia habrá aire fresco.

—Aquí te vas a achicharrar.

—Aquí estoy bien. Saluda a Dios de mi parte.

La misa dura cerca de tres cuartos de hora. Poco más de dos docenas de fieles se reparten por las filas de bancos. Maité ha tomado asiento en el de la última fila y de vez en cuando echa una mirada a la puerta con la esperanza de ver entrar a Josemari. El cura es un anciano de voz cascada que habla en un tono monótono y ceceante. Las malas condi-

ciones acústicas del templo apenas permiten que se le entienda. Pero, en fin, Maite ha cumplido con el rito, que es lo que a ella le importaba.

Al salir a la calle, se lleva un susto de muerte al encontrar vacío el banco donde Josemari había prometido esperarla. Mira a una parte, mira a la otra y no ve a nadie a quien preguntar por un hombre de camisa blanca y poco pelo en la cabeza que estaba aquí sentado hace un rato. En el centro del pecho se le forma un nudo doloroso que le dificulta la respiración y le recuerda las pasadas penalidades de su enfermedad. Los fieles que han asistido a la misa se alejan en distintas direcciones. Pronto se queda la calle desierta. En esto, Maite descubre el Molekine de Josemari tirado en el suelo. Un mal augurio la colma de angustia. Sumida en una creciente sensación de mareo, lee lo último que su marido ha escrito: «Las mismas gorras que en Málaga». A Maite le falta poco para ponerse a gritar. Se dirige a la puerta más cercana con el propósito de que la ayuden a llamar a la policía. Entonces ve aparecer a Josemari por una esquina de la calle. Corre hacia él y, aún alarmada, le pregunta:

—¿Se puede saber dónde te has metido?

Felipe Benítez Reyes

Felipe Benítez Reyes (Rota, Cádiz, 1960) es poeta, narrador, ensayista y articulista de prensa. Sus relatos están recogidos en el volumen *Oficios estelares* (2009), que reúne los libros *Un mundo peligroso* (1994), *Maneras de perder* (1997) y *Fragilidades y desórdenes*. En 2013 ha publicado un nuevo libro de relatos en forma de calendario de historias: *Cada cual y lo extraño*. Entre sus colecciones de poesía están: *Paraiso manuscrito* (1982), *Los vanos mundos* (1985), *Pruebas de autor* (1989), *La mala compañía* (1989), *Poesía 1979-1987* (1992), *Sombras particulares* (1992), Premio Fundación Loewe), *Vidas improbables* (1995, Premio Nacional de Poesía), *Paraísos y mundos (Poesía reunida)* (1996), *Escaparate de venenos* (2000), *La misma luna* (2007), *Las identidades* (2012) y una recopilación titulada *Libros de poemas*. Destacan sus novelas: *Chistera de duende* (1991) *Tratándose de us-tes* (1992), *La propiedad del paraíso* (1995), *Humo* (1995, Premio Areneo de Sevilla), *El novio del mundo* (1998), *El pensamiento de los monstruos* (2002) y *Mercado de espejismos* (2007, Premio Nadal); y los libros de ensayo, artículos y diálogos: *Rafael de Paula* (1987), *Bazar de ingenios* (1991), *La maleta del naufragio* (1992), *Gente del siglo* (1997), *Cuaderno de ruta de Ronda* (1999), *El ocaso y el oriente* (2000), *Papel de evoltorio* (2001) y *Los libros errantes* (2002).

* * *